

El poema o la experiencia del instante en la sociedad mercadotécnica

The poem or the experience of the instant in the techno-market society

Jesús Montiel

Centro de Magisterio La Inmaculada
montiel.lopez.jesus@gmail.com

RESUMEN

El poema, escribirlo o leerlo, es una resistencia frente a la sociedad de consumo porque opera con el instante o el tiempo vertical y nos enfrenta a un horizonte donde caben el asombro y la gratitud, origen de la vida contemplativa, que se opone a la vida del capital. Se postula el poema como un punto de partida válido para empezar un cambio urgente en nuestro siglo, donde el hombre vive esclavo del tiempo de los negocios, sometido a una violencia neuronal sin precedentes.

Palabras clave: literatura; poesía; sociedad; tiempo; instante.

ABSTRACT

Either writing or reading a poem is an act of resistance against the consumer society because these activities deal with instant and a vertical time. Furthermore, they confront us with a horizon where astonishment and gratitude fit. These are the principles of contemplative life and oppose to economic capital life. Briefly, we put forward the poem as a suitable starting point to initiate a change urgent for our century, where men live as slaves of the business time, subjected to a never before seen neuronal violence.

Keywords: literature; poetry; society; time; instant.

La falta de tiempo: punto de partida

La Humanidad no es estática, sino que camina. Toda época describe un movimiento, la dirección hacia un destino: el pueblo hebreo, durante su periplo por el desierto, vagó con la esperanza de una tierra nueva, lejos de Egipto; los que asaltaron la Bastilla se rebelaron contra el absolutismo en aras de la Igualdad, la Fraternidad y la Libertad. Nuestra época no es menos: se desplaza. Pero si algo la distingue es que lo hace aceleradamente, y no como quien tiene clara una meta, sino como quien escapa sin importarle si lo que hay delante es un tajo o un muro de hormigón o si describe círculos. No tiene trayectoria, “una meta rectora hacia la cual marchar” (Han, *La sociedad* 52). Luciano Concheiro, en su ensayo *Contra el tiempo, filosofía práctica del instante*, se refiere a esta aceleración propia de la modernidad con la imagen del hámster que corre dentro de su rueda (12). El roedor dilapida sus fuerzas pero la suya es una urgencia que genera parálisis. De esta no-dirección se deriva la violencia neuronal propia de nuestro siglo¹. En un mundo más confortable que nunca somos más infelices que nuestros antepasados. Vivimos, teniendo más tiempo, con más ansiedad. Planeamos la vejez, las vacaciones, el amor y los amigos, disponemos de transportes velocísimos y tecnologías que nos conectan con personas que viven en latitudes remotas. Es decir, hemos ahorrado tiempo. Pero ocurre que el tiempo se nos escapa. La escritora y periodista Andrea Köhler se refiere a esta paradoja por la que “con cada ahorro de tiempo crece la falta de tiempo” (86). No obstante, señala Rüdiger Saffrankski, “la escasez no es ninguna propiedad del tiempo, sino un problema que se presenta con su gestión” (110). El tiempo, convertido en un producto, se ha vuelto consumible, y con él nuestra existencia, que, bajo la lógica del capital, tiene que ser rentable a toda costa.

En este contexto mercadotécnico lo primordial, vuelvo a Concheiro, es “hacer surgir una temporalidad que disloque la aceleración: lograr la experiencia del instante, ese momento de

¹ Byung-Chul Han, en *La sociedad del cansancio*, dice lo siguiente: “Las enfermedades neuronales como la depresión, el trastorno por déficit de atención con hiperactividad (TDAH), el trastorno límite de la personalidad (TLP) o el síndrome de desgaste ocupacional (SDO) definen el panorama de comienzos de este siglo” (13).

pura presencia en el que los minutos dejan de transcurrir, en que la velocidad es algo imposible” (147). El poema –escribirlo o leerlo, da lo mismo– es una barricada frente al consumo porque nos coloca en una velocidad anterior a la técnica, más reposada, donde la meta ya no es el beneficio sino la plenitud. Nos ancla en el instante, “el rasgo verdaderamente específico del tiempo” (Bachelard 21). Frente a la vida económica el poema, además, propicia la vida contemplativa, que asume el espesor del tiempo y posibilita la demora, que no vive atormentada por convertir cada segundo en oro. La poesía, en fin, es un buen punto de partida para devolver al hombre el pasmo y la maravilla en un contexto donde prima la superficie y no la hondura, lo líquido y no lo sólido. La crisis temporal “solo se superará en el momento en que la *vita activa*, en plena crisis, acoja de nuevo la *vita contemplativa* en su seno” (Han, *El aroma* 11).

La verticalidad: más allá de los relojes

La duración no es rígida ni lineal. Quiero decir que nunca experimentamos el tiempo como dictan los relojes: en el colegio, si bien las clases de matemáticas duraban una hora, se me antojaban tan largas como siglos; por el contrario, cuando devoro un libro o juego con mis hijos, el tiempo vuela. Un mismo intervalo lo percibimos más o menos duradero, depende de la ocasión. Como un chicle, el tiempo se estira y se contrae. Por otra parte, en la memoria no encontraremos un hilo cronológico sino hitos biográficos. Aquello que recordamos no obedece una sucesión: si bien el tiempo físico fluye, hay un tiempo interior que parece estancarse o correr.

Surge así una doble temporalidad: por una parte el tiempo cronológico y por otra el tiempo vivido o la manera en que se vive el tiempo, aquél que reflejan los usos horarios y “la experiencia del flujo” (Díaz 379). Señala Andrea Köhler que el tiempo cronológico “es producto de una economía mundial de la aceleración” (85). Rüdiger Safranski nos recuerda su origen, ligado al desarrollo del ferrocarril, en el siglo XIX: “Solo entonces se socializó realmente el tiempo, para el que se establecieron unidades uniformes de medidas” (92-93). Aparece entonces la puntualidad y “el tiempo vivido se traduce por completo al tiempo de las máquinas” (94). Esta mecanización, a la postre, ha derivado en

ideología que tiraniza nuestras vidas. Una ideología que persigue el máximo beneficio en el menor tiempo posible, lo que provoca una ansiedad paralizante, pues vivimos queriendo aprovechar las horas al máximo; y hasta hemos trasladado esta mentalidad negociadora al campo de la experiencia: buscamos no la calidad sino la cantidad: “Ayer se trataba de tener experiencia [...] Hoy se trata más bien de hacer experiencias, es decir, de buscar siempre lo nuevo, sin maduración, sin posibilidad de profundización” (Hadjadj 102). Este tiempo mecanizado, en fin, afronta la existencia como un bien consumible y por tanto se eliminan, para ganar rentabilidad, los entretiempos. Desde entonces, apunta con tino Berardinelli, vivimos bajo la tiranía de los relojes: “El reloj es dueño del tiempo. Se presenta como un inocente instrumento mecánico para medir el tiempo y en lugar de eso se adueña de él, lo domina, lo corta en proporciones todas iguales y lo distribuye a todos equitativamente” (*Leer* 184). El mismo autor concluye: “Sin medida de tiempo no hay economía que valga. El tiempo es dinero” (*El intelectual* 183).

A la alianza de la máquina y del capital se han sumado las nuevas tecnologías, que han originado la simultaneidad. El tiempo ya no es un ferrocarril sino un escaparate donde se nos ofrecen incontables productos, siendo tal la cantidad que se dificulta la demora en la elección y el comprador, aturdido, se vuelve incapaz del recogimiento. En cada instante metemos un número desmesurado de acciones de manera que el presente se fragmenta, convertido en picos de actualidad. No hay ya aceleración sino falta de núcleo narrativo: “El tiempo se precipita como una avalancha porque ya no cuenta con ningún sostén en su interior” (Han, *El aroma* 18). En este presente atomizado, sin dirección ni sostén, líquido, la gente vive presa de una positividad sin precedentes. El presente que se deriva de Silicon Valley nos dispersa y “caemos en un estado siempre dispuesto a la excitación, consumimos entusiasmados el fagonazo de las sensaciones, y de manera latente quedamos dispuestos a la histeria y el pánico” (Safranski 103). Twitter y otros medios digitales crean la ilusión de que aquello que hoy no es titular no existe, dislocando así la temporalidad. Pero lo que hoy es noticia en pocas horas será olvidado por una nueva avalancha de informaciones. A diario somos asaltados por estímulos que no dejan huella, superficiales. Así las cosas, la multitarea dificulta la atención, el detenimiento

y la interioridad necesarios para la maduración humana. Y esta avalancha de datos, además de aturdirnos, niega el grosor del tiempo. Las nuevas tecnologías no sólo han creado esta ilusión atemporal. Alimentan además la maquinaria capitalista. Somos explotadores de nuestro propio tiempo, obligándonos a estar en la oficina –aunque no físicamente– las veinticuatro horas del día. Se sabe que el iPhone es, en realidad, un jefe de bolsillo. “Al contrario de lo que prometieron los adalides de la ciencia, las innovaciones tecnológicas no nos han liberado del trabajo. Sucedió lo opuesto: nos han encadenado aún más a él” (Concheiro 15). El tiempo del capital, por tanto, ha conquistado el ámbito privado. Es normal que en la sociedad mercadotécnica la poesía –y la tarea creativa, por extensión– se relegue al ocio, pues no evidencia un beneficio inmediato. A este respecto, dice Zafra:

Ha ocurrido que la valoración del ejercicio artístico se ha socializado del lado de la afición y el placer como aquello practicado en tiempos ociosos y considerado difusamente como actividad laboral. De forma que el contexto no pierde oportunidad de recordar a quienes crean que eso no es un trabajo en sentido estricto y que por ello cualquiera puede aprovechar para pedir gratis a un amigo o a un familiar que crea (19).

Vivimos, pues, bajo el reinado de un tiempo presuntamente objetivo, el de los negocios, que “descuartiza la duración: la diseca, la secciona, la especializa y la deforma, la objetiva en vistas a fines pragmático-operacionales” (Navarro 4). Pero el tiempo, recuerda Lewis Carroll, “no soporta que lo marquen ni lo clasifiquen” (71). Dicho de otro modo, los relojes mienten porque nuestra vida no es una línea recta. “Nunca se vive en orden cronológico” (Montiel 50). En la película *Antes del atardecer*, de Richard Linklater (2004), la siguiente frase de uno de los protagonistas ilustra a la perfección que es el corazón quien marca los ritmos: “Recuerdo ese día mejor que muchos años de mi vida”. Esto es, lo que recordaremos al morir no será lo que apuntamos en la agenda, sino precisamente aquello que no se programa. El hombre experimenta momentos de una interioridad desbordante, donde el tiempo se dilata. El momento de ser amado, por ejemplo. O de amar. Estos momentos son los que permanecen en la memoria, a la postre. “El tiempo no es pura sucesión: hay rupturas, que llamamos, no muy exactamente,

epifanías: momentos en que se trasciende la sucesión” (Concheiro 126). Con otras palabras: “Se recuerda haber sido, pero no se recuerda haber durado” (Bachelard 31). El hombre recuerda instantes vividos hacia arriba o hacia abajo y el poeta, se sabe, trabaja con esos momentos de especial intensidad. Verticales. El instante es su materia prima. Es el testigo de que la sucesión se desmigaja y el poema es su testimonio, la crónica de un rompimiento. Sánchez Rosillo lo sintetiza poéticamente: “No sé cuándo ocurrió, porque no tienen/ con frecuencia una fecha señalable y exacta/ los acontecimientos capitales/ del existir de un hombre” (*Quién* 212).

El poema, empleando la fórmula de Thomas Merton, opera en con “sacramento del momento” (77).

El instante poético o el tiempo-cero

Siendo niños, aprendemos que la imagen manriqueña del río es la ecografía más acertada del tiempo: un instante más otro más otro hasta la muerte. Pero el poeta experimenta que esta sucesión es una impostura. Frente al tiempo hipotecado, el tiempo vivido “cambia la calidad de su curso unidimensional e irreversible [...] con diversas dimensiones de profundidad o altura, con oscilaciones entre un curso acelerado y una cierta inmovilidad” (Kerkhoff 34). El siguiente verso de Luis Alberto de Cuenca ejemplifica la experiencia de que nuestra vida no consiste en una sucesión y la horizontalidad se ve interrumpida: “La vida es un instante. No me lo explico/ por qué esta noche no se acaba nunca” (228).

La noche pretérita sigue ocurriendo, no ha concluido. El poeta desmiente ese otro tiempo segmentando y sucesivo. Ocurre aquí un tiempo “vertical y metafísico, un tiempo que nace de la profundidad del instante y que se apila en una riqueza que no es cuantificable” (Navarro 4). La noche de la que habla el poeta, quiero decir, “tiene una intensidad, un contenido que lo torna en algo irrepitible y único; y éste es el rasgo decisivo que lo califica frente al ahora infinitamente multiplicable del tiempo vacío de la abstracción” (Navarro 35). El poeta vive en guerra con el tiempo reglado, atrapado en las matemáticas, y se ve lanzado al tiempo del espíritu, ancho y milagroso. Es el biógrafo de un ahora rebosante de misterio que testimonia con su arte.

Otro ejemplo de una ruptura de la sucesión se ejemplifica con este verso de la poeta Amalia Bautista: “Siento envidia de mí cuando me amabas” (126).

Dice *siento*, pero envidia algo ya sucedido: *amabas*. La mujer pretérita sigue existiendo en el momento en que ese amor ha concluido. La fórmula pasado-presente-futuro queda así pulverizada y aparece un ahora vertical donde el tiempo parece perpetuado. El poeta, entonces, no obedece al tiempo encadenado sino que trabaja con la verticalidad. Se trata del instante poético. “En el tiempo vertical de un instante inmovilizado encuentra la poesía su dinamismo específico” (Bachelard 101). Con instante me refiero a un ahora con carga ontológica, donde el ser aflora y la vida cobra sentido. En lugar del escapismo o a alienación mediante hábitos relajantes, en el instante del poema ocurre lo contrario: el interés o la atención llegan al culmen. Uno no escapa de la vida sino que se zambulle en ella con todas las consecuencias. En Parménides, Platón insinúa que si hay algún tiempo que pueda no moverse ni estar en reposo es el instante. El instante es un “entre”, ni una cosa ni la otra. Es más bien una bisagra. Interesa, a este respecto, la analogía que Lispector emplea en *Agua viva* para definir el instante:

El presente es el instante en que la rueda de un automóvil a gran velocidad toca mínimamente el suelo. Y la parte de la rueda que aún no la ha tocado, la tocará en un futuro inmediato que absorbe el instante presente y hace de él pasado (19).

Quiero decir que el “se hace en tales ocasiones el lugar de irrupción de la eternidad en el tiempo” (Kerkhoff 33). Tenemos así un tiempo horizontal o cronológico, el llamado objetivo, y otro vertical o discontinuo, en el plano de la conciencia, que es el que retrata y recrea el poema cada vez que se lee. El poeta, por tanto, escapa de la duración, se rebela contra el tiempo de los negocios y habla instalado en el tiempo vertical o tiempo-cero, término acuñado por Christoph Wolff, en el que uno deja de advertir “el paso del tiempo” (Concheiro 143). Concheiro lo llama no-tiempo, un tiempo “en el que todos los tiempos están contenidos” (137). Christian Bobin, cuya obra se asienta casi en su totalidad en el instante poético, afirma algo parecido: “Cuando leo un poema, es la muerte de los relojes” (24). “En el transcurso inmenso del instante” (*Quién* 37), dice Rosillo. Este tiempo cero o no-tiempo,

sostengo, se caracteriza por el amor. “En el amor no hay más que presente” (Jiménez 50). No se puede amar en pasado o futuro. Cuando se ama, se ama ahora.

Sólo has vivido de verdad si tuvo
 mucho que ver con el amor tu vida.
 Todo vino y se fue. Pero aún transcurren
 los días en que amaste y fuiste amado.

(Rosillo, *Confidencias* 115)

Si algo caracteriza al instante poético es la comunión del poeta con lo que lo rodea. Suele ser, en la mayoría de los casos, un recobrar la consciencia, y la consecuencia es una acción de gracias.

Para ilustrarlo, me serviré de un par de poemas de Eloy Sánchez Rosillo, cuya obra gravita en torno a la problemática del tiempo. En *Un vaso de agua*, el poeta se ve arrojado al tiempo-cero. La primera característica del instante poético, se desprende, es que irrumpe en lo cotidiano. Beber un vaso de agua pertenece al ámbito de la rutina: todos bebemos a diario, no es algo novedoso. Pero el poeta se asombra, ve la gloria en las cosas elementales. No hace falta un especial acontecimiento o la ruptura de la costumbre. Por este motivo beber agua es un “suceso increíble” (*Quién* 11). “A media tarde”, dice, el vaso es atravesado repentinamente por un haz de luz y en ese instante mágico entra en juego la verticalidad, el tiempo-cero o no-tiempo, la epifanía: “Todo rompió a arder/ con lumbre propia y mágica:/ el agua y el cristal, el cuarto entero, / mis ojos y mis manos y mi vida”. Y expresa así la pulverización del tiempo horizontal: “No sé cómo decir lo que ocurrió, / cómo expresar que sucedieron siglos/ de redención y bienaventuranza”. Es el amor quien protagoniza este momento. Amor que se concreta en la acción de gracias, una gratitud que tiene lugar en el territorio de lo doméstico. Ahora, tras la irrupción del milagro, el poeta se siente parte de algo más grande: “Astilla viva yo de un súbito diamante”. Dice súbito, lo que indica que, además de fijar su domicilio en lo cotidiano, el instante poético posee un carácter “repentizante”. En otro poema, *La luz*, vuelve a señalar este carácter súbito de la epifanía, al decir: “No se puede prever: sucede siempre/ cuando menos lo esperas” (*Confidencias* 169). O más adelante: “Resulta imprevisible. / Nunca sabes cuándo ni cómo ocurrirá”. Después, tras el

nacimiento del asombro, ya nada sigue igual: “Dejas de ser el hombre que eras”. Y el tiempo ya no es un producto, se vuelve pura oportunidad. El hombre encuentra en lo que tiene una vida bastante y por eso da las gracias:

Tal vez dura
 un instante el milagro; después las cosas vuelven
 a ser como eran antes de que esa luz te diera
 tanta verdad, tanta misericordia.
 Mas te sientes conforme, limpio, feliz, salvado,
 lleno de gratitud. Y cantas, cantas.

La gratitud es la secuela del instante poético, su primer resultado. Hablo de la vida contemplativa, que no es la del monje apartado del mundo y enclaustrado en la espesura del bosque sino la de quien vive inmerso en el mundo, pero dueño de su silencio y de una soledad voluntaria. “Vivir no debería consistir más que en esto: pronunciar sin cesar plegarias de agradecimiento”, afirma el aventurero galo Sylvain Tesson (190). Tras su estancia en Siberia, a orillas del lago Baikal, descubrió la acción de gracias adelgazando su agenda. La inmovilidad le dio el instante, “la única patria que vale” (133). La consecuencia natural de vaciar el tiempo, comprobó, es la atención, principio de la vida contemplativa: “Tener poco que hacer lleva a prestar atención a todo” (141). Dicho con otras palabras: “Estrechando la panoplia de las acciones, aumenta la profundidad de cada experiencia” (115). Una atención bien afilada lleva al hombre a reparar en el milagro de la costumbre. La monotonía deja de ser tediosa y aflora el misterio: “Perspectiva de felicidad: la jornada no traerá nada novedoso” (210). Incluso llega a ver la novedad como el verdadero enemigo. Esta nueva mirada, la que traslucen los poemas de Rosillo, se opone frontalmente a la que propone la sociedad de consumo, es el principio de una vida que no niega el espesor del tiempo y responde mejor a nuestros anhelos. Mientras el mundo actual defiende el cambio y la movilidad física para burlar la monotonía, la vida contemplativa propone como aventura la quietud, prefiere el viaje interior a la excursión, la mirada penetrante para afrontar lo que parece aburrido por ser cotidiano. El poeta, por extensión el artista, es aquel que intuye una respiración bajo la mugre de los días. No es que el poema adorne la realidad, sino que la redescubre enterrada bajo el polvo de la costumbre: “No

para escaparme de la realidad: escribir para que la realidad no se me escape” (Montiel 39).

Conclusiones

En el siglo de la continua obsolescencia, el poema se ocupa de lo que perdura: antepone, en primer lugar, la rutina a la consecución ansiosa de la experiencia estimulante; prefiere lo cotidiano a lo novedoso; florece en los entretiempos y no obstaculiza la demora; es fruto del tiempo entregado a las musarañas antes que del tiempo rentable; muscula el recogimiento y menosprecia la hiperactividad. Lejos de entender la vida como un negocio, la experimenta como oportunidad. Así, el instante poético, un tiempo “colmado y expandiéndose/ sin un punto inicial ni un fin que aguarde” (Sánchez Rosillo, *Quién* 27), rescata al hombre alienado de las garras de la economía. Edificado sobre un asombro parecido al del niño, el poema radiografía la verdadera naturaleza del tiempo, aquella que se denomina vertical, en la que el hombre puede experimentar una embriaguez metafísica que pulsa todas las fibras del espíritu. Es por eso por lo que el poema supone un punto de partida, además de una trinchera, la génesis de una vida que desobedece los dictados del capital y nos traslada a la dimensión del espíritu. “Hay espacio para la resistencia, para la construcción de una vida verdaderamente distinta” (Concheiro 146).

Bibliografía

Bachelard, Gaston. *La intuición del instante*. París, Fondo de Cultura Económica, 2002.

Bautista, Amalia. *Tres deseos*. Sevilla, Renacimiento, 2010.

Berardinelli, Alfonso. *Leer es un riesgo*. Madrid, Círculo de Tiza, 2016.

Berardinelli, Alfonso. *El intelectual es un misántropo*. Madrid, Ediciones El Salmón, 2015.

Bobin, Christian. *Negro claro*. Pamplona, Sibirana, 2017.

Carroll, Lewis. *Alicia en el país de las maravillas*. Madrid, Plaza&Janés, 1999.

Concheiro, Luciano. *Contra el tiempo. Filosofía práctica del instante*. Barcelona, Anagrama, 2016.

De Cuenca, Luis Alberto. *El mundo y los días. Poesía 1970-2005*. Madrid, Visor, 2012.

Díaz, J. L. "Cronofenomenología: el tiempo subjetivo y el reloj elástico". *Salud Mental* 34, 2011, pp. 379-389.

Fuentes Ríos, Arantxa. "La temporalidad en la poesía de Juan Ramón y Octavio Paz". *Anuario de Literatura Comparada* 1, 2011, pp. 159-184.

Hadjadj, Fabrice. *Últimas noticias del hombre (y de la mujer)*. Barcelona, Homo Legens, 2018.

Han, Byung-Chul. *El aroma del tiempo*. Barcelona, Herder, 2015.

Han, Byung-Chul. *La sociedad del cansancio*. Barcelona, Herder, 2017.

Han, Byung-Chul. *La salvación de lo bello*. Barcelona, Herder, 2016.

Jiménez, Juan Ramón. *Aforismos e ideas líricas*. Sevilla, La Isla de Siltolá, 2018.

Kerkhoff, Manfred. *Exploraciones ocasionales en torno a tiempo y destiempo*. Puerto Rico, Editorial de la Universidad de Puerto Rico, 1997.

Köhler, Andrea. *El tiempo regalado. Un ensayo sobre la espera*. Barcelona, Libros del Asteroide, 2018.

Lispector, Clarice. *Agua viva*. Madrid, Siruela, 2013.

Merton, Tomas. *Diarios. 1939-1968*. Burgos, Mensajero, 2014.

Montiel, Jesús. *Notas a pie de instante*. Granada, Esdrújula, 2018.

Platón. *Diálogos*. Madrid, Gredos, 2009.

Rovelli, Carlo. *El orden del tiempo*. Barcelona, Tusquets, 2018.

Safranski, Rüdiger. *Tiempo. La dimensión temporal y el arte de vivir*. Barcelona, Tusquets, 2015.

Sánchez Rosillo, Eloy. *Quién lo diría*. Barcelona, Tusquets, 2015.

Sánchez Rosillo, Eloy. *Antes del nombre*. Barcelona, Tusquets, 2013.

Sánchez Rosillo, Eloy. *Confidencias*. Sevilla, Renacimiento, 2006.

Schultz, M. “Borges y la filosofía del tiempo”. *Daimon, Revista Internacional de Filosofía* 5, 1992, pp. 109-122.

Soares, Lucas. “La fulguración del instante: experiencia poética de lo sagrado”. *Hablar de poesía* 23, año XII, 2011, pp. 131-139.

Tesson, Sylvain. *La vida simple*. Barcelona, Alfaguara, 2013.

Tolentino, José. *Pequeña teología de la lentitud*. Barcelona, Fragmenta, 2017.

Navarro, Eduardo. “El tiempo a través del tiempo”, *Athenea Digital* 9, 2006, pp. 9-18.

Zafra, Remedios. *El entusiasmo. Precariedad y trabajo creativo en la era digital*. Barcelona, Anagrama, 2017.



Este artículo ha sido publicado bajo una licencia
[Creative Commons Attribution-NonCommercial 3.0 Unported](https://creativecommons.org/licenses/by-nc/3.0/).